

Jorge Amado y Bahía

Basilio Losada

No creo que haya en nuestro tiempo un escritor como Jorge Amado tan profundamente enraizado en su país y tan fervorosamente aceptado por él. Habría que buscar un ejemplo, quizá, en la antigüedad, posiblemente Homero si es verdad lo que los eruditos adivinan y suponen. Jorge Amado dio presencia a Bahía en la literatura de nuestro tiempo.

Dicen que todo gran escritor tiene un mundo propio y un lenguaje propio para expresarlo, y en este sentido Faulkner podría ser un ejemplo memorable. Jorge Amado tiene su mundo, reducido e íntimo como son las patrias verdaderas, y un lenguaje, forzosamente dialectal, para construir la voz de ese pequeño mundo.

Jorge Amado, blanco de raíces hispanoportuguesas, se sintió tan próximo a la negritud que acabó siendo el negro más blanco del país, como se dijo luego del poeta Vinicius de Moraes. Y las gentes de Bahía, de la ciudad de Salvador, porque Bahía es el nombre del estado, se reconocen en la obra del escritor y construyen su imagen sobre los personajes de Jorge Amado. Su imagen y su lenguaje, aunque no hayan leído las novelas del escritor. Tengo la impresión de que la ciudad de Bahía –la ciudad de São Salvador de Todos-os-Santos por nombre oficial– intenta también asemejarse a la imagen que de ella trazó Jorge Amado. Y también el turista y el viajero ven la ciudad desde la perspectiva que presta la lectura. Vagando por las calles de la Cidade Baixa veremos a los pescadores y a los vagabundos que creó el novelista. Veremos a Doña Flor y a sus dos maridos, uno de ellos, el fantasma del difunto, más difícil de percibir, y veremos a Jubiabá, a los *capitães da areia*, los niños abandonados, es decir libres, sin atadura de ningún tipo, que tienen las plazas como patria y ensueño, esos niños que retrató Jorge Amado en una de sus más hermosas novelas, titulada precisamente *Capitães da areia*. Y veremos a Quincas Berro Dágua, protagonista de un cuento –*A morte e a morte de Quincas Berro Dágua*– que algunos críticos tienen por la narración breve más hermosa escrita en el portugués del Brasil en el siglo XX. En el XIX habría que poner por encima algunas de Machado de Assis. Y será fácil topar en cualquier recodo con Gabriela, mulata de clavo y canela, o con Teresa Batista, tan cansada de guerra.

En Bahía bastaba preguntar por la casa de «o poeta», y cualquier morador de la ciudad se la mostraba, y llegaba uno a ella acompañado por un grupo de muchachos arrancados también de cualquiera de las novelas de Jorge Amado.

Los temas y los personajes del novelista proceden de una doble raíz: la técnica de las historias de cordel y los planteamientos del realismo social, eso, al menos, en su primera etapa de escritor. De las historias de cordel, y de la vivísima oralidad brasileña, aprendió Amado a no aburrir al lector, a no engañarlo con el abuso de habilidades técnicas prescindibles, y a construir sus novelas de acuerdo con lo que decía en España Álvaro Cunqueiro –también autor con un mundo propio y un lenguaje propio para expresarlo– «una novela es, simplemente, una historia bien contada». Lo demás está en un cultivado poder de observación para seleccionar lo relevante cotidiano y en la posesión de un lenguaje que no se aleje excesivamente del que corresponde a la acción y a los personajes, teniendo en cuenta, eso sí, la opinión de Nietzsche: «La realidad es fea, y cumple a la literatura embellecerla».

De este entramado de afinidades entre el escritor y su mundo deriva toda la obra de Amado. Pero hay otro elemento que, de manera expresa en su primera época y más difusa en sus últimas novelas, da un sentido profundo a lo que podría parecer simplemente un desfile de personajes pintorescos. Jorge Amado ingresó en el Partido Comunista de Brasil en 1930, cuando aún no contaba veinte años de edad. Soportó persecuciones, amarguras, decepciones, pero hasta el fin de sus días permaneció fiel al ideario de un humanismo marxista que poco tenía que ver con la realización política leninista-staliniana. Desde el Partido Comunista le llegaron consignas y esquemas que centran una visión brasileña del realismo social. Una versión brasileña porque brasileño son el ambiente y los personajes que sirven para construir una trama que es evidentemente apriorística pero que funciona narrativamente. Pienso, por ejemplo en la trilogía *Los subterráneos de la libertad*: un amplísimo friso narrativo poblado de protervos burgueses y angélicos proletarios, víctimas estos de todos los excesos imaginables. Este apriorismo político no impide que la trilogía sea una visión apasionante del Brasil de la época.

El realismo social de la primera etapa de Jorge Amado, brota también del mundo del Nordeste brasileño, de las luchas sociales en las áreas de monocultivo del café y del cacao, de las caravanas de desesperados que huyen de las sequías periódicas, de los abusos de los *coroneles*, como se llama a los terratenientes que explotan las áreas de monocultivo y a quienes trabajan en ellas. *Sudor, Tierras del Sin Fin, Mies roja*, tres novelas publicadas entre

1934 y 1945, trazan el cuadro, tópico pero real, de la vida en el Nordeste. Quizá sea *Jubiabá* la obra más notable de esta época. *Jubiabá* se publicó en 1935 y narra la historia de Antonio Balduino, un muchacho de los arrabales de Bahía, que a través de etapas diversas, como vagabundo, boxeador, artista de circo, va conquistando lenta y dramáticamente una consciencia de clase en un país donde la problemática social era y es aterradora. En todas las novelas de esta primera etapa, y con el fondo del Nordeste, se dibuja como elemento constante la aspiración a la libertad, y la lucha por conseguirla, de unas gentes que, a veces, en su alienación y desamparo se refugian en prácticas religiosas heterodoxas y heterogéneas y en un floclorismo subvencionado.

Es interesante, dentro de un panorama de integración fundamental entre el escritor y su mundo, subrayar el papel de las sectas y grupos religiosos en los que se integran, con inmenso vigor, los negros, los mulatos y también cada vez más gente blanca del Brasil. El *candomblé*, por ejemplo, una religión en fase inicial y cada vez más dinámica que llega a impregnar la vida espiritual de millones de brasileños y que se basa en cultos africanos escondidos bajo una superficial envoltura de cristianismo. Los esclavos traídos del África negra tenían que ocultar entre los amos blancos la pervivencia de su espiritualidad ancestral, y encubrían sus dioses bajo nomenclatura del santoral cristiano, y disimulaban sus rituales bajo apariencia musical y folclórica. Es un fenómeno semejante a la *santería* cubana o al *vudú* caribeño. Formas y ritos de esta espiritualidad oculta tienen en la ciudad de Bahía una presencia dominante, y la tienen también en la narrativa de Amado. El *batuque*, el *tambor* o la *umbanda*, rito de culto a los antepasados impregnado de folclore africano y que quizá algún día se convierta en la religión cristiana de una parte mayoritaria de la comunidad negra del Brasil.

Jorge Amado, negro vocacional, se sentía deslumbrado por esta espiritualidad libre, ajena a cualquier ortodoxia. Él mismo fue elegido *obá*, director de ritos, en el *candomblé* de Axé Opó, y su retrato figuraba, y supongo que figura aún, en un lugar de honor en la escuela de *capoeira* de Mestre Patinha. La *capoeira* es una mezcla de lucha y baile, con más de baile que de lucha, un deporte bahiano que sirve de evasión a la miseria y a la desesperanza. Cuando en Bahía la ciudad fue una fiesta. Por cierto que el sentido de la fiesta en Brasil hay que contemplarlo desde una especial perspectiva. Puedo decir que no he visto espectáculo más triste que el carnaval de Bahía, o el de Río. Todo exceso en la celebración es la expresión de frustraciones profundas, y bajo la alegría fingida y a plazo fijo se ocultan la desesperanza, la frustración, una amargura insoportable. Dos días para dis-

frazarse de lo que uno sueña, pero «todo se acabó el miércoles» como se canta en *Orfeo Negro*.

Jorge Amado ama a sus personajes y conoce sus debilidades y su íntima fortaleza, y sus sueños, y su dolor. Y estos personajes, creación literaria evidentemente, tienen mucho que ver con los sueños de esa sociedad mestiza que habita y construye el Brasil profundo y real. Bajo el folclorismo, dibuja Amado las tensiones sociales de su ciudad. Dice Luciana Stegagno Picchio: «De esta simpatía por los humildes, por la gente de color vista en su ambiente, en la Bahía pintoresca de las prácticas mágicas y parareligiosas, en las que la intención realista se manifiesta en forma de visión romántica de las oposiciones sociales, donde el documento es siempre leído apasionadamente e inscrito en la estructura narrativa con una precisa función poética, nace ese gran fresco costumbrista que es la obra de José Amado».

Las novelas bahianas de Jorge Amado, y bahianas son todas aunque incidentalmente la acción se desarrolle en otro lugar, muestran una de las características del mensaje de Amado: la tolerancia, la incitación a la pacífica convivencia con «lo diferente» que subyace en el mundo bahiano. Luciana Stegagno Picchio ha escrito en este sentido páginas esclarecedoras. En esta visión, en la que domina una apariencia de folclorismo, color y gracia para encubrir una realidad pavorosa desde el punto de vista de la integración social, se forjó la novela del Nordeste, escuela narrativa de signo testimonial en la que desembocaron las vanguardias brasileñas. Son las novelas de Lins do Rego y Graciliano Ramos, aunque las de Graciliano con una expresión más escueta, más dura, como si intentara huir del halago del color local en busca de una mayor eficacia testimonial.

En 1958 aparece *Gabriela, clavo y canela*. Si todas las novelas anteriores de Jorge Amado habían gozado de una acogida excepcionalmente popular y multitudinaria, *Gabriela* rebasa lo imaginable. Cientos de ediciones, versiones cinematográficas, adaptaciones televisivas. Es muy probable que, aún hoy, sea la novela más popular en Brasil. Dejamos de lado las obras de Paulo Coelho, que son otra cosa. La fabulación irónica parece desplazar en *Gabriela* la expresa intencionalidad política, y se inicia así lo que los críticos consideran la segunda época de Jorge Amado. Esta teoría, aceptada milagrosamente de forma unánime por la crítica, tiende a ocultar una realidad esencial: en las obras de la segunda etapa, el exotismo, el folclore, la fabulación irónica, la gracia narrativa, ocultan la permanencia de una actitud invariable en el escritor: su amor a los humildes, por encima de cualquier militancia política. El marxismo-leninismo fue para Amado una fórmula, sinceramente sentida, de justificar ideológicamente esta actitud, que por otra parte no precisaba justificación alguna. Y este amor por la libertad,

por los oprimidos, aparece página tras página en su obra. Jorge Amado, que había obtenido el Premio Stalin, que había visto su obra traducida a más de setenta lenguas en tiradas copiosísimas, vivió el drama que sintieron amargamente tantos comunistas: el hundimiento del mundo ideológico que les había servido de refugio y esperanza durante toda su vida. Pero, sin renunciar a nada de aquel mensaje esencial, buscan otras vías para manifestarse y hacerlo llegar al lector. Conviene leer al respecto las memorias que publicó en los últimos años de su vida Jorge Amado. El libro se titula *Navegación de cabotaje. Apuntes para un libro de memorias que jamás escribiré*. Sin ordenación cronológica, como una fluencia libre de recuerdos, Jorge Amado, en 1992, habla de su vida, del exilio de tantos años, de su fe comunista, de aquella quema de sus libros en su ciudad, en Bahía. «Se empieza quemando libros y se acaba quemando gente». Víctima de la dictadura, viajero con raíces en cualquier rincón del mundo, mimado por los stalinistas, Amado vio el hundimiento de sus ideales, de lo que había dado fuerza y peso a su vida.

A partir de *Gabriela*, el mundo de Amado se centra en Bahía de manera exclusiva. Y aparece una fauna pintoresca, el mejor espectáculo de la ciudad, junto con sus trescientas iglesias barrocas. Son los personajes de Jorge Amado, truhanes, prostitutas sentimentales, rufianes, trileros, pediguños, sacamuelas, descuideros, músicos ambulantes, tenderos portugueses, panaderos gallegos, artistas alemanes, noruegos o de cualquier país hiperbóreo, perdidos en el encanto de la ciudad mágica. «Los años en las calles, mezclado con la gente de los muelles, de los mercados y de las ferias, en los corros de *capoeira*, en los misterios del *candomblé*, en el atrio de las iglesias barrocas: eso fue mi universidad y de ese mundo extraje el don de una poesía que viene del dolor y de la alegría de nuestras gentes».

Y aparecieron obras como *Doña Flor y sus dos maridos*, *Los pastores de la noche*, *Teresa Batista cansada de guerra* y, para mí, por encima de todas, *Los viejos marineros*, una de las novelas más divertidas y al mismo tiempo más profundas que haya leído. Un alegato a favor de la fantasía, del ensueño, una fábula moderna y necesaria. «Lo divertido no es lo contrario de lo serio».

Ese fue Jorge Amado, un escritor que tuvo un mundo propio y un lenguaje propio para expresarlo.

Y, en fin, convendría subrayar otro aspecto de la narrativa de Jorge Amado: la presencia femenina. Mujeres libres, gozadoras, fuertes, luminosas, rebeldes y tiernas. Algún día se hará una tesis doctoral, con toda la pedantería y distanciamiento que una tesis exige, sobre las mujeres de Jorge Amado. Pero cualquier lector sabrá más de esto si lee cualquiera de sus novelas.



Jorge Amado por Carlos Bastos